

menor obstaculo ni oposicion : esto y lo lluvioso y oscuro de la noche hizo presumir que nada habria que temer por parte de los Mejicanos. El ponton se colocó para el paso del ejercito : desde luego se conoció que con el peso que sobre el habia cargado , no seria ya posible arrancarlo de aquel punto , ni trasladarlo a otra parte. Mas no llegó el caso de intentarlo , porque aun no acababa de pasar la retaguardia, cuando se declaró por todas partes el combate con un estrepito que como inesperado desconcertó a los Españoles. Mientras se mantuvieron cerrados y pelearon en orden , arrollaron con cuanto les hacia oposicion, asi es que las masas que los acometian en el segundo tramo de la calzada, a pesar de su intrepidez y constancia fueron constantemente derrotadas. Mas cuando se llegó a la segunda cortadura, todo varió de aspecto ; la imposibilidad de pasarla en formacion por falta de puente , y el deseo que cada uno tenia de hacerlo como pudiese, hizo que los esfuerzos que debian ser comunes quedasen puramente individuales, con lo cual se perdió todo el orden y concierto, se mezclaron unos con otros Españoles y Mejicanos, daban y recibian golpes sin saber la mano que los descargaba, y cada cual, procurando salvarse, no cuidaba de los demas. El desorden se hizo sentir principalmente en el ultimo trozo del centro y en toda la retaguardia, pues esta parte del ejercito tenia mayores dificultades que

vencer, y sobre ella cargó todo el grueso de las fuerzas mejicanas, así es que fué completamente derrotada pereciendo todos los que iban, a escepcion de Alvarado y uno u otro que apenas pudo salvar. La vanguardia y una parte del centro que mandaba Cortes salieron por fin de la calzada no sin perdida, y Cortes fué y vino muchas veces del continente a la calzada para salvar los pequeños restos de su ejército que aun se mantenian peleando, lo cual logró en parte por este medio, pues recojió a muchos que de otro modo habrian perecido.

Así se pasó esta *noche* tan justamente llamada *triste* por los Españoles, y al amanecer se hizo alto en las playas inmediatas a la laguna, para recibir algunos rezagados que pudiesen presentarse. Entonces conoció Cortes toda la estension de sus perdidas. Con escepcion de muy pocos habian perecido todos los Tlascaltecas, Zempoales y demas aliados, y de los Españoles faltaban a lo menos las dos terceras partes. La artilleria, las municiones y el tesoro, todo fué presa del enemigo; los heridos eran casi todos los que quedaban, y se hallaban tan rendidos a la fatiga y al cansancio, que apenas podian mantenerse en pie ni sostener las armas. El animo varonil de Cortes no pudo ser insensible a la vista de este cuadro lastimoso: su semblante se veia bañado en lagrimas mal reprimidas, al tiempo de dictar las ordenes y disposiciones para la marcha, la cual se

verificó cuando acabaron de perderse las esperanzas de que se presentase ninguno, tratandose por lo pronto solamente de ocupar un puesto de facil defensa que proporcionase algun descanso.

Los Mejicanos habiendo visto con la claridad del dia que los hijos de Moctezuma habian perecido en la retirada de los Españoles, se ocuparon de hacerles los funerales, e inquietaron poco la marcha del ejército, el cual halló el puesto que buscaba en un pequeño cerro en que hoy dia está edificado el templo de los remedios, y entonces habia un adoratorio en el cual se acomodaron los Españoles y lograron descansar aquella noche, recobrando algo sus fuerzas para continuar su retirada al dia siguiente.

Como Mejico quedaba entre Tlascala y el punto que ocupaba el ejército, era necesario dar una vuelta muy considerable para llegar a aquella ciudad, todo por caminos desconocidos y en territorio mejicano; sin embargo no pudiendo hacerse otra cosa se adoptó este partido como unico, y dirigió la marcha un Tlascalteca que se ofreció a hacerlo por lugares en que hubiese poco que temer; así se verificó, y en seis dias se atravesaron senderos en parte muy fragosos, y en parte llenos de pantanos, en los cuales fueron los Españoles constantemente molestados por el cansancio, la hambre y la sed, y mas que todo por los Mejicanos, quienes los acometian desfilando por las alturas o presentandose

en peloton en los lugares estrechos. Se peleaba continuamente de día, las mas de las noches era necesario acampar al raso y careciendo de todo, sufrir el rigor de la intemperie muy cruda por las lluvias que en esta estacion caen en Mejico a torrentes. Estas fatigas sin embargo se toleraban con la expectativa del descanso que todos aguardaban por momentos disfrutar en Tlascala; mas el desaliento llegó a lo sumo cuando en el sexto dia al encumbrar una pequeña altura sobre Otumba, descubrieron una gran llanura por donde debian pasar cubierta toda del ejercito mejicano. Aquí Cortes necesitó de todo su valor y presencia de animo para resolver a sus soldados a pelear: llegó el caso dijo de *morir o vencer*, y los que se hallaban en tan dura alternativa acometieron con la intrepidez y denuedo de la desesperacion: no se daba golpe que no destruyese un enemigo, ni carga que no produjese una derrota; pero estos triunfos eran todos sin fruto ni resultado, pues el ejercito mejicano se mantenía en pie reponiendo sus perdidas con mucha facilidad, cuando las fuerzas de los que combatian en el español se apuraban por momentos. Ya estaban próximos a ceder faltos de aliento aun para sostener las armas, cuando Cortes hizo memoria de haber oido decir que los Mejicanos se daban por vencidos luego que el estandarte del imperio caía en poder del enemigo. Entonces resolvió hacer el último es-

fuerzo para apoderarse de este talisman de la victoria. Hizo pues que Sandoval, Alvarado, Olid y Davila se pusiesen montados a su lado, y le ayudasen a romper con el grueso del enemigo hasta llegar al centro de su ejercito en el que el general mejicano, sentado sobre unas andas, enarbolaba el estandarte. Con el impulso de los caballos logró romper la multitud enemiga, y cuando ya estaba cerca del general que lo portaba, de un bote de lanza lo echó por tierra y un soldado acabó de matarlo recojiendole el estandarte que puso en manos de Cortes. En el momento la dispersion fué general y la derrota se siguió a pocos momentos. Los Españoles no tuvieron ya mas ocupacion que acuchillar fujitivos que se embarazaban unos a otros, ellos mismos facilitaban su muerte, y la perdida fué la mayor que sufrieron los ejercitos de Mejico en batalla campal.

Esta victoria fué comprada a poquisima costa, pues la perdida de los Españoles fué muy corta aunque Cortes recibió en la cabeza un violento golpe de piedra que le hizo una herida y contusion, la cual despues llegó a ser de cuidado. Cuando se hubo dado algun tiempo a los Españoles para aprovecharse del despojo que fué grande, pues los principales nobles mejicanos habian venido como de costumbre a la batalla adornados de sus mejores joyas, se mandó que acudiesen los dispersos para formarse y proseguir la marcha. Aunque Cortes te-



mia se reuniesen de nuevo los Mejicanos y volviesen a presentarle batalla antes de entrar en el territorio de Tlascala, solo se limitaron a aparecer a lo lejos en pelotones y a prorumpir en dicterios y amenazas. Se entró por fin en los campos pertenecientes a la republica, aunque con algun cuidado sobre el modo con que serian recibidos. La frialdad que manifestó el senado cuando vió en peligro la fortuna de Cortes por la expedicion de Narvaez, era bastante motivo para temer que sucediese lo mismo cuando las inmensas perdidas sufridas en Mejico, eran una prueba decisiva de que podia ser derrotado. No sabemos cuales habrian sido las disposiciones de los Tlascaltecas sin el feliz exito de la batalla de Otumba; pero se puede asegurar que ella entró muy principalmente a la parte en la buena acogida que se hizo a los Españoles.

A las inmediaciones de Tlascala donde se hizo alto, llegaron los principales gefes de esta republica a felicitar a Cortes por su victoria y a ofrecerle todo aquello de que podian disponer. Este por su parte quiso asegurar en ellos las buenas disposiciones de que se mostraban animados, y para lograrlo repartió con profusion el despojo de los Mejicanos en Otumba. La entrada del ejercito en la ciudad fué solemnizada con todo genero de fiestas y diversiones: los Españoles se alojaron con toda comodidad, y los principales capitanes fueron hospedados en

las casas de los senadores de mas influjo y poder.

Aquí da fin la primera parte de la expedicion de Cortes que puede llamarse pacifica, atendido a que este general obró en ella mas como un diestro negociador que como un intrepido militar; su habilidad y talento estuvieron en ejercicio continuo para echar los fundamentos de una empresa que puede llamarse esclusivamente obra de estas prendas, y en que el valor de los soldados y las operaciones militares tuvieron la menor parte. Cortes hasta entonces estuvo a la defensiva, preparando cuanto podia hacerlo fuerte en el orden fisico, moral y politico, para acometer y llegar sin violencia ni pasos retrogradados al fin que se habia propuesto. Para lo primero habia solicitado auxilios de España y de las colonias establecidas en las islas inmediatas, y supo sacarlos del pais mismo haciendo amigos suyos a todos los enemigos del imperio, y armando una parte muy considerable de los subditos de este contra la otra; apoderado del gobierno de Mejico en la persona de Moctezuma y usando del poderoso ascendiente, que por las prendas de que lo habia dotado la naturaleza, tenia sobre todos los que lo rodeaban, supo hacerse amigos entre los mismos Mejicanos, dando a unos los puestos de que los otros eran despojados, y creando por este medio a su favor intereses que antes no existian; de esta manera

minaba un edificio que era necesario arruinar, pero que no podía ser tomado por asalto. Hasta las preocupaciones reinantes en el país sirvieron a su intento : dió por descendiente de Quetzalcoatl y de los que con él se habían ausentado hacia el oriente, al rey de España y a sus subditos los Españoles, y por este medio arrancó del pueblo y de las autoridades del imperio el unico título que segun el derecho de gentes, podria de algun modo autorizar la conquista. Por ultimo adquirió en el tiempo que no hubo guerra ni rompimiento, cuantos conocimientos podian serle utiles y conducentes al fin que se proponia, así respecto de las localidades que podian tener una importancia militar, como de los intereses y pasiones de los habitantes capaces de ser subordinados, y servir a las miras del conquistador. De esta manera aunque Cortes salió derrotado de Mejico, sus medios de apoderarse de esta capital y con ella del imperio eran seguros, pues el país quedaba minado por todas partes y el edificio se hallaba ya al desplomarse.

Entre los obstaculos que podian frustrar la empresa de Cortes, debe considerarse como uno de los mayores la enemistad de Velasquez, gobernador de Cuba. Este hombre, poderosamente apoyado en la corte de Carlos V, podia obrar directamente contra su enemigo enviando espediciones como la de Narvaez, privandolo de los auxilios de hombres, armas

y dinero con que debia contar, y le habrian sido remitidos, si no se le hubiese considerado como rebelde; ultimamente esta enemistad hacia precaria aun la obediencia de los soldados que mandaba, y con ella la unica fuerza de que podia disponer, pues una declaracion del gobierno español contra Cortes, habria bastado para que su ejercito lo abandonase en el momento en que hubiese llegado a su noticia. Ya hemos visto la destreza con que el conquistador de Mejico conjuró la tempestad que le amenazaba, convirtiendo en provecho suyo las fuerzas de Narvaez destinadas a destruirlo; pero no hemos dado noticia ninguna de los manejos de la corte en este negocio y de la resolucion final que en el se tomó.

Desde que se fundó la ciudad de Veracruz, su ayuntamiento y Cortes determinaron dar al gobierno español una prueba de que si se habian separado de la obediencia de Velasquez, de ninguna manera pensaban ser infieles al emperador. Montejo y Portocarrero fueron comisionados para el desempeño de tan delicado negocio, y sus instrucciones se reducian a obtener de la corte la aprobacion de todo lo hecho hasta entonces, es decir la independenciam de Cortes respecto del gobernador de Cuba, y la autorizacion para proseguir sus conquistas directamente a nombre del rey y de la nacion española. Se les encargó sollicitasen auxilios de todo genero, y se les

previno espresamente que no tocasen en Cuba. Cortes, poco fiado en su razon , procuró hacerla eficaz por medio de un presente, el mas rico que hasta entonces se habia enviado a los reyes , formado de los regalos de Moctezuma ; y para ayudar con la vista las esperanzas lisonjeras que se habian concebido y anunciaban del pais recién descubierto, se remitieron tambien algunos nativos de el.

Dispuestas de esta manera las cosas , el buque se lizo a la vela bajo la direccion del piloto Anton de Alaminos, uno de los mejores de su siglo. Montejo quiso visitar una estancia que tenia en Cuba, fiado en que se hallaba a mucha distancia de la ciudad de Santiago, residencia de Velasquez , y que por lo mismo no seria posible tuviese este , tiempo para saber el arribo del buque ni mucho menos para poder sorprenderlo; mas la cosa pasó de otra manera, pues Velasquez que tenia repartidas sus espías , instruido oportunamente de todo, mandó en su seguimiento dos de los mas veleros que tenia, y de los cuales solo pudieron escapar los agentes de Cortes por el arrojó de Alaminos que se precipitó en el canal de Baama, y fué el primero que por sus diestras maniobras triunfó del riesgo de sus precipitadas corrientes. Salidos de este apuro llegaron a Sevilla sin contratiempo; mas aquí se hallaron con un agente de Velasquez que los acusó de rebeldes, y reclamó como propiedad del adelantado el buque y

todo su cargamento. Las liberalidades del gobernador de Cuba lo tenían bien quisto con todos, así es que aunque el reclamo no hubiera sido tan justo siempre habría surtido efecto. El embargo se verificó y los comisionados no hicieron poco en quedar libres y espeditos para presentarse al rey. Pasaron a Medellin, y reunidos con Martin Cortes, el padre de su general, lograron una audiencia en Tordecillas al tiempo mismo en que Carlos V acababa de recibir el regalo de que eran conductores y no se habían atrevido a embargar los jueces de Sevilla. El monarca a quien el aspecto de los Indios y las piezas singulares que componian el presente daban mas idea del nuevo descubrimiento que cuanto podría decirsele, los oyó benignamente, pero remitió la resolución del negocio al consejo de Indias y al cardenal Adriano a quien dejaba el gobierno de la monarquia durante su viaje y estancia en Alemania. Presidia el consejo Fonseca, obispo de Burgos, enteramente adicto a los intereses de Velasquez, esto y la mala causa de Cortes hicieron que sus comisionados nada pudiesen obtener sobre lo principal de sus pretensiones; pero sí lograron que no se hiciera declaracion ninguna contra el, pues la circunspeccion de Adriano impidió se ostigase a un hombre que ofrecia cuanto podia descarse, y no era facil exijirle por hallarse a tanta distancia y con fuerzas muy respetables para aquellas rejiones.

En este estado se hallaban las cosas cuando llegaron como nuevos enviados de Cortes, Diego de Ordaz y Alonso Mendoza, siendo portadores de un nuevo y mas considerable regalo y de las noticias de todo lo ocurrido hasta la retirada de Mejico y la fundacion de Tepeaca de que se hablará despues. El ayuntamiento de esta ciudad y el de Veracruz hacian nuevas instancias al rey en solicitud de auxilios, pidiendo se continuase a Cortes en el mando, y este en una larguísima carta le daba cuenta de su conducta, y hacia una relacion circunstanciada de todo lo hasta entonces ocurrido. Llegaron sin novedad a Sevilla estos nuevos enviados; mas como el presidente del consejo Fonseca, habia logrado se espidiesen ordenes para embargar cuantos buques llegasen de Mejico, y prender todas las personas que en ellos se hallasen, tuvieron que ocultarse y abandonar el barco con cuanto contenia a los encargados de estas ordenes. Por grande fortuna salvaron las cartas y despachos que traian para el rey; y habiendo sabido que los primeros ajentes se hallaban en Medellin en compañía del padre de Cortes, pasaron a reunirse con ellos y resolvieron de comun acuerdo no presentarse en la corte, hasta la vuelta del emperador que se anunciaba como proxima. Esta resolucion no subsistió, pues antes de que el emperador llegase, por el mejor aspecto que presentaban las cosas, se dirijieron a Adriano quejandose de las demasias de

Fonseca que habia mandado embargar cuanto vi-
niese de Mejico y cerrar la puerta a los reclamos
de Cortes por la prision de sus enviados, en conse-
cuencia recusaban al obispo de Burgos, pidiendo se
le mandase abstenerse de conocer en todos aquellos
puntos que fuesen concernientes a la querrela en-
tre Cortes y Velasquez. La parcialidad de Fonseca
era tan conocida que el consejo lo inibió de seme-
jante conocimiento, y en esto no tuvo poca parte la
orden contra los enviados de Mejico, espedida sin
conocimiento del cardenal gobernador, unico que
podia darla.

Obtenido este triunfo que habria sido muy du-
doso sin las hazañas del conquistador, sus apodera-
dos promovieron el punto principal de sus instruc-
ciones, y el cardenal, decidido ya contra Velasquez,
daba los pasos mas activos para la remision de auxi-
lios, cuando su eleccion al supremo pontificado y
la venida del emperador hizo que el negocio toma-
se un aspecto mas serio para decidirse definitiva-
mente. Una junta se ocupó de oír los memoriales y
alegatos de ambas partes, y despues de haberlo pesa-
do todo, y atendiendo mas a los principios de politica
que a los de justicia, se decidió que Cortes y los que
militaban a sus ordenes eran fieles vasallos del rey, y
se mandó a Velasquez guardase perpetuo silencio so-
bre el asunto, conminandolo con graves penas si po-
nia algun obstaculo a la prosecucion de la conquista,

dejándole su derecho a salvo para que pudiese reclamar ante quien correspondiese la cantidad o cantidades invertidas en los gastos de la primera expedición. Este fallo se procuró dorar con algunos pretestos que tenían la apariencia de legales, así es que se alegó que Velasquez, en todo lo relativo a la expedición, había procedido sin autoridad, por no haber solicitado ni obtenido el permiso de la audiencia de Sto.-Domingo, sin el cual no podía proceder a nada, y se añadió, que no pudiendo Velasquez alegar otro título para reclamar la conquista ejecutada por Cortes que el nombramiento hecho en este para mandar la expedición, su derecho claudicaba por este lado, pues cuando más habría durado hasta la revocación que el mismo Velasquez había hecho del nombramiento, y esta había precedido muchos días a los primeros sucesos de la conquista. La verdad es que el presente que hacía Cortes y tenía en su mano para apropiárselo, era demasiado grande, y mucho el temor que había de perderlo, si por consideraciones de justicia se le reusaba lo que pedía. El emperador confirmó en todas sus partes la sentencia de la junta; y después de haber oído más detenidamente a los apoderados de Cortes les acordó cuanto pidieron, ofreciéndoles todo género de recompensas para el capitán y sus soldados.

En consecuencia con fecha 22 de octubre de 1522 se despacharon desde Valladolid, los despachos de

gobernador y capitán general a Cortes, y las ordenes correspondientes a Garay y Velasquez para que no lo turbasen en el ejercicio de su autoridad, previniendo a la audiencia de Sto.-Domingo lo auxiliase en cuanto pudiese para la consecucion de sus empresas. Mucha parte de estos sucesos, como puede advertirse por el simple cotejo de las fechas, fueron posteriores a la toma de Mejico y destruccion del imperio ; pero ha sido indispensable anticiparlos para dar una idea del modo con que Cortes procuró prevenir a la corte en su favor, y el suceso de su tentativa.

La segunda parte de la espedicion de Cortes que puede llamarse la militar o guerrera, empieza despues de su retirada de Mejico. Así como en la primera los medios principales de accion era la seduccion, el convencimiento y todo lo que constituye una negociacion fina y delicadamente conducida, dejando las batallas y el empleo de la fuerza para los casos estremos ; en la segunda las operaciones militares ocupaban el lugar principal, y las negociaciones pacificas solo venian como auxiliares. Si en la primera solo se procuraba ganar amigos y aliados por medio de los halagos, regalos y persuasion, en la segunda se intimaba abierta y claramente a los pueblos la sumision a la corona de Castilla, amenazandolos con la fuerza si se reusaban a prestarla, y usando de ella para someterlos : en una palabra,

en la primera se buscaban amigos a quienes se supplicaba y procuraba interesar en favor de una colonia debil; en la segunda, se querian subditos a quienes se les mandaba obedecer sin replica los preceptos de un general que tenia a sus ordenes un ejercito conquistador, y se conocia bastante fuerte para llevar la ley en la punta de su espada.

El plan para subyugar a Mejico fué tambien enteramente opuesto al que le habia precedido; ya no se intentó apoderarse primero del gobierno y someter por su medio a los que le estaban sujetos, al contrario se determinó de grado o por fuerza hacerse dueño de los subditos y con ellos destruir al gobierno; antes se queria partir del centro a la circunferencia, y despues se acordó por un orden inverso marchar de todos los puntos de la circunferencia hacia el centro, segregando del imperio todas las fuerzas de sus aliados y subditos, y cargandolas todas, mas las de sus enemigos, sobre la capital. En consecuencia de este plan, como lo veremos en el discurso de la historia, Cortes se resolvió a no dejar enemigo atras que pudiese incomodarlo ni llamarle la atencion, dió principio a sus operaciones en puntos bastante remotos de la ciudad de Mejico, y las fué adelantando con mucha circunspeccion y lentitud para quedar bien asegurado: así fué caminando por escalones y dando pasos lentos pero seguros, hasta poner sitio a esta ciudad, batirla ven-

tajosamente apoderandose de ella , y levantar sobre las ruinas del imperio la colonia de Nueva-España.

Aunque el plan de guerra acordado trajese consigo todos los males que les son inseparables, en honor de la verdad es necesario confesar que por lo comun en Mejico no se abusó por entonces de la victoria como en las otras conquistas, sino que se hizo la guerra como se hacia entonces en Europa entre pueblos civilizados, procurandose por ella mas bien la sumision que la destruccion, y entrando a la parte el deseo noble de propagar los principios religiosos. Así es que, a lo menos mientras se estuvo en campaña, los pueblos estaban bajo la proteccion de las leyes y costumbres que constituyen el derecho de la guerra desde el momento en que se sometian al vencedor, que hacia un empeño y estudio formal en no ostigarlos. Así consta de los escritores mas fidedignos é imparciales de aquel tiempo, que detallan menudamente cuanto bueno y malo se hizo en el ejercito conquistador, siendo algunos testigos presenciales de los hechos, y otros casi coetaneos que se informaron de ellos con una escrupulosidad prolija y minuciosa. Decir lo contrario, es dejarse arrebatar o de un celo exajerado, o de un espiritu de odio contra todo lo que es español, y nadie ignora que esta pasion es un maestro muy estúpido para poder dirigir a nadie

por la senda de la verdad y de la recta razon.

Desde Tlascal Cortes, deseoso de saber el estado en que se hallaba la colonia de Veracruz, escribió a Ranjel, gobernador de aquella plaza. La contestacion fué satisfactoria, pero se avisó en ella la falta de ocho Españoles que habian pasado a Tlascal a recojer una cantidad de oro que pertenecia a la guarnicion de Veracruz, y la de muchos heridos en la accion contra Narvaez, que despues de haberse curado en Zempoala habian partido en varios piquetes a Mejico para reunirse con el ejercito que se hallaba en esta ciudad: añadia que, segun las voces que corrian entre los Zempoales, todos habian sido sorprendidos y asesinados en el camino, unos por los habitantes de Tepeaca, y otros por los de Zoltepec en Tezcuco, provincias ambas sujetas al emperador de Mejico. A Cortes no podia ser indiferente la perdida de cincuenta Españoles, y mucho menos en las circunstancias en que se hallaba; así es que tuvo el mayor empeño en averiguar el paradero de los estraviados, y lo consiguió a muy poca dilijencia, certificandose que habian sido asesinados en los pueblos que designaba la fama publica; supo tambien que los de Tepeaca, para ponerse a cubierto de la venganza que por su intermediacion al ejercito español temian mas proximamente, habian pedido auxilio a Mejico y recibido una fuerte guarnicion enviada de esta ciudad. Se resolvió pues

castigar a los Tepeaqueques; y los habitantes de Tlascalala que tenian que vengar la injuria de haber sido invadidos y pillados los confines de su territorio, se hallaron muy dispuestos a acompañar a los Españoles en esta empresa.

Entretanto se avisó al senado desde la frontera haberse presentado dos embajadores mejicanos, en solicitud de pasar a Tlascalala para conferenciar con los gefes de la republica, y acordado el permiso correspondiente, se fijó dia para escucharlos en una sesion publica. Llegado este se presentaron, y despues de haber entregado a nombre del emperador un presente bastante rico de que eran portadores, hicieron su proposicion reducida a ofrecer una paz y alianza perpetua, y la libertad de comercio entre la republica y Mejico, sin otra condicion que la de desacerse de los Españoles declarandoles la guerra, o sorprendiendolos cuando se hallasen descuidados. El senado despues de haber escuchado la proposicion, los hizo retirar a su alojamiento para deliberar, y habiendo acordado que la paz y alianza era inadmisibile bajo la condicion propuesta, se nombró una diputacion encargada de comunicarlo a los embajadores, cosa que no tuvo efecto, pues estos partieron luego que llegaron a presumir que su negociacion seria infructuosa.

Aunque la proposicion fué desecheda en el senado, dió ocasion a un suceso desagradable. El joven

Jicotencal, general tlascalteca que no podia perdonar a los Españoles el haber destruido su reputacion militar en las repetidas derrotas que en la guerra con Tlascala le hicieron sufrir, creyó que esta era una ocasion oportuna de reparar su credito, desaciendose de ellos. Como uno de los principales entre los Tlascaltecas, empleó todo el ascendiente que disfrutaba para persuadirles la conveniencia y necesidad de adoptar la proposicion de los Mejicanos; pero no pudo lograrlo, pues la republica habia dado pasos demasiado avanzados en la alianza y compromisos contraidos para volver atras, así es que esta tentativa, como sucede siempre en todas las conspiraciones que se frustran, lejos de destruir afirmó lo que se pretendia derribar, y se convirtió contra el que la promovia, pues descubierta fué acusado su autor y privado de todos sus titulos y dignidades. Mas Cortes que conocia ser todavia muy debil su posicion, lejos de hacerse enemigos solo procuraba buscarse apoyos, y aprovechó la ocasion que se le ofrecia interponiendo sus officios e influjo para reponer a Jicotencal en el puesto que habia perdido, y este acto de generosidad le ganó un joven a quien habian enajenado hasta entonces sus victorias.

La embajada de Mejico y la conspiracion de Jicotencal tuvieron tambien su resultado en el exercito español: muchos de los que lo componian eran de los venidos con Narvaez que reclutó Velasquez